

ROSALÍA Y LOS ÁRBOLES



Por Antonio Muñoz Arroyo
Compostela, febrero de 2014

«A mis compañeros pínfanos que desfilaron por Padrón para que les suscite evocación de unos tiempos que, si no fueron mejores, tampoco fueron tan malos que no quisiéramos volver a vivirlos»

A.Muñoz A.

ÍNDICE

PREÁMBULO	3
VERANO	4
LA HIGUERA.....	5
LA SECUOYA.....	7
EL MADROÑO.....	9
EL EUCALIPTO.....	12
FOTOGRAFÍAS.....	14

PREÁMBULO

En bronce, en granito o en mármol está esculpida en los monumentos que a ella se le han dedicado; desde el Espolón padronés hasta la Alameda de Santiago e incluso más allá del océano. Pero existen otros monumentos vivientes que nos evocan su vida y por ende su obra, ilustre tesoro de las letras gallegas y españolas.

Estos monumentos vivos son cuatro árboles: una higuera, una secuoya, un madroño y un eucalipto, todos ellos monumentales por sus dimensiones y por su longevidad.

Muchos pínfanos de la década de los 50 tuvimos la oportunidad de conocerlos en algunas de las salidas aquellas que hacíamos, en fila de a dos, algún jueves por la tarde o algún domingo por la mañana; claro que en aquel entonces no relacionábamos estos monumentales árboles con la poetisa del Sar, ha sido ahora en mi senectud cuando, por tener mayor discernimiento, me he percatado de que estos gigantes de la botánica perpetúan la memoria de Rosalía lo mismo que su efigie en bronce, piedra o mármol.

VERANO

En la década de los 50 algunos pínfanos no íbamos a casa en vacaciones, ni siquiera en las de verano; unos por unas circunstancias, otros por otras, nos teníamos que quedar en el CHOE. Ciertamente que sentíamos envidia los primeros días cuando veíamos a nuestros compañeros marchar con sus madres, pero se nos pasaba muy pronto porque éramos tan poquitos, apenas cuatro docenas, que lo pasábamos pipa.

Sin clases desde mediados de junio hasta mediados de septiembre... ¡qué gozada! Y luego, mucho río, mucho prado, mucho Santiaguíño y muchas salidas, Extramundi, Íria, Lestrove, Puenteceures, Campo de la Torre, Herbón...

A finales de junio una tarde nos llevaron a Herbón, al Monasterio de los padres franciscanos que también es seminario. Allí los padres pimenteros organizaban un festival a cargo de los seminaristas para celebrar el final de curso: teatro, coros, virtuosos de algún instrumento musical, cómicos...

Al regreso, llegando a la estación del ferrocarril, nos encontramos bajadas las barreras del paso a nivel, iba a pasar un tren. —Vamos a ver el jardín de la casa de Rosalía— dijo Sor Inés, temiendo que algún pequeñajo se le colase por debajo de las barreras y fuese a parar a la vía. A la derecha según veníamos hay un camino que conduce a la casa que entonces no era museo sino de unos propietarios, ignoro si descendientes de la poetisa, que conocían a las monjitas, dicho sea de paso a las monjitas las conocía todo el mundo en Padrón y sus alrededores por las muchas caridades que hacían entre los más necesitados, gozaban de buena fama pero... ¿de dónde sacaban para socorrer al necesitado si ellas eran pobres de solemnidad y tenían voto de pobreza? Os lo podéis imaginar, no es ningún misterio.

LA HIGUERA

El jardín de la casa de Rosalía en tiempos de la escritora había sido una huerta para el autoconsumo familiar, pero los nuevos propietarios la habían convertido en un coqueto jardín conservando solamente algunos pocos frutales, entre ellos un inmenso castaño que está en una esquina del frente de la finca y una frondosísima y vetusta higuera que a mi tanto me había llamado la atención.

Setos de boj, rosales, camelias y magnolias por doquier y hasta un ombú, el árbol que tiene alma o “Árbol de la Bella Sombra” como también se le llama, traído de Sudamérica, pero mi atención se centró, no en la imponente frondosidad del castaño, ni en el exotismo del ombú, ni en la belleza de las camelias y los rosales sino en la longevidad de una vetusta higuera, a juzgar por su orondo y retorcido tronco, que crecía casi al pie de la ventana de la habitación donde expiró la poetisa; tal vez lo último que vieron sus ojos a través de la ventana fueron las ramas de la ficus carica.

Testimonio mudo del último aliento de Rosalía es esta frondosa higuera centenaria que a duras penas se mantiene erguida ya que no soporta el peso de sus ramas y de sus años. Una gran estaca clavada en la tierra y arrimada a una prominencia de su tronco le permite todavía elevar sus hojas hacia el cielo para que el mirlo y el estornino le silben a Rosalía trinos de *saudade* y de *agarimo*, allí, delante de la puerta de la que fue su última casa.

El silbato de Sor Inés nos indicaba que era hora de volver al CHOE y, en fila de a dos, nos dirigimos al Convento de la Trabanca que era como los padroneses llamaban a nuestro colegio. Por el camino, en silencio, yo rumiaba mis pensamientos... *figueiriñas que prantei...*



El jardín de la casa de Rosalía cuando era una huerta. El árbol de la izquierda es el ombú y el que está delante de él y bajo una ventana es la higuera

LA SECUOYA

El Jardín Botánico de Padrón es otro de los lugares donde las monjitas nos llevaban de paseo y de recreo pues en llegando allí nos soltaban a nuestro libre albedrío por ser un sitio seguro y tranquilo, claro que no todo era como ellas creían, siempre había alguno que se escapaba a comprar cromos a Casa Varela, otros que se fumaban un Diana o un Ideales detrás del caseto donde el jardinero guardaba sus aperos, otros que sacaban de tirachinas y... bueno que no éramos unos angelitos.

El jardín de Padrón es de los más antiguos de España, aparece citado en un documento del siglo XVI, Para los que no lo conocen les diré que es pequeñito, a penas una hectárea o poco más, sin embargo es grande en número de especies, algunas de ellas exóticas y únicas en la Península.

Es un jardín de gardenias, azaleas, adelfas, boj, todas ellas añejas y arbustivas, castaños de Indias, sauces llorones, camelias, magnolias y un sinfín de árboles más, pero los más sugestivos son: una palmera del Senegal que tiene 20 troncos, un altísimo castaño de Indias, un drago de Canarias y tres secuoyas centenarias de más de 30 metros de altura.

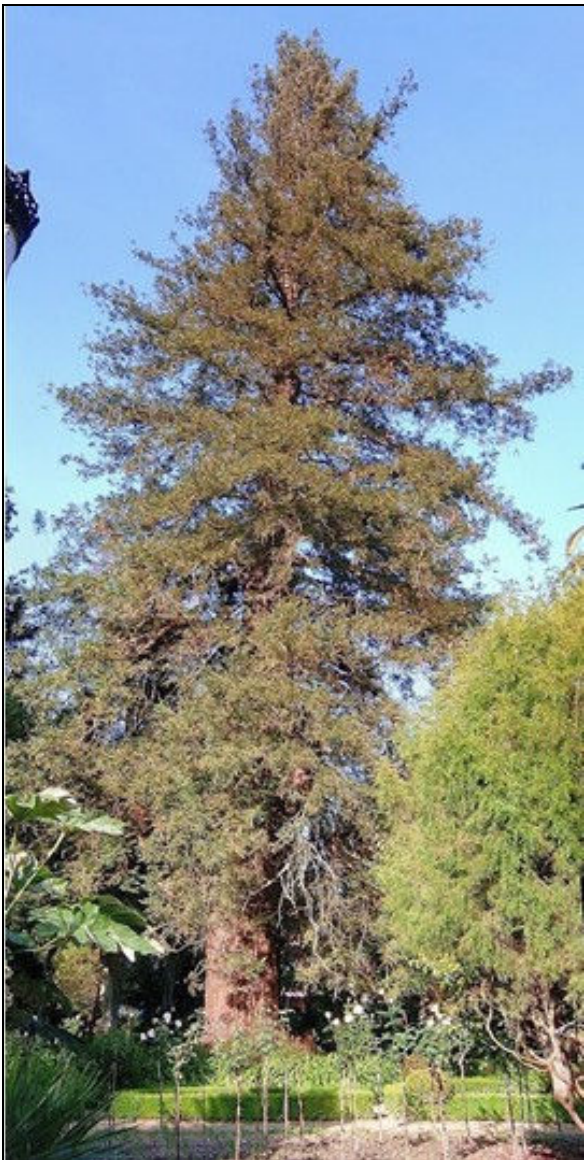
Una de estas secuoyas es la que está relacionada con Rosalía, la más próxima al paseo central, a mano izquierda en una rotonda que hay antes de llegar al centro del jardín. En otros tiempos, bajo su sombra, había un banco de listones de madera en el que Rosalía se sentaba a escribir; tal vez de allí salió "En las Orillas del Sar".

Ensimismada en sus pensamientos o escuchando su poesía interior aparentaba estar ausente y por eso algunos que pasaban y no la comprendían murmuraban: "*haí está a tola*" (loca).

*...dino, pero non é certo, pois sempre cando eu paso,
de min murmuran e exclaman.*

*—Aí vai a tola soñando
coa eterna primavera da vida e dos campos...*

El banco de madera con patas de hierro ya no está. La lluvia y la carcoma lo dejaron inservible y el jardinero lo retiró, pero la secuoya permanece erguida y robusta como cuando Rosalía se sentaba bajo sus ramas.



La secuoya de Rosalía en el
Jardín de Padrón.

Foto de José R. Fdez. Novoa

EL MADROÑO

En el verano del 52 quedamos muy pocos pínfanos en el CHOE de Padrón, apenas unos cuarenta y tantos. Ya casi al final de las vacaciones nos dijo un día Sor Luisa:

—En fila de a dos y a la calle.

—¿A dónde vamos, hermana?— le pregunté yo.

—A Lestrove.

—A Lestrove, ¿a qué?— seguí indagando.

—A Lestrove a robar manzanas— me respondió ella con mucha sorna.

Supuse que era una de sus tantas bromas que solía gastarnos, así que abandoné el interrogatorio y me mantuve a la expectativa. No obstante observé que algunos de los mayores iban provistos de cestas y capachos. ¡A ver si va a ser verdad lo de las manzanas! Y si que era verdad, en parte, pues íbamos a coger manzanas y no las íbamos a pagar. Eran regaladas por los propietarios del Pazo de Hermida de Lestrove, donde también vivió Rosalía.

La cosecha de ese año fue abundantísima. El peso de los frutos amenazaba con desgajar las ramas de su tronco y sobre la hierba del suelo había manzanas y manzanas caídas de las ramas.

Los propietarios del pazo rosaliano habían dicho a la Madre Superiora: “Pueden venir y llevarse todas las que quieran”.

Y nos liamos a coger manzanas y a echarlas en los cestos y capachos con una mano mientras que con la otra sosteníamos las manzanas que nos íbamos comiendo, una tras otra. Algún avisgado descubrió que apretándose bien la cintura de la chaquetilla esta se podía rellenar de manzanas de repuesto, *pa* luego.

El pazo estaba muy bien conservado y habitado, no sé si por descendientes de Rosalía o por otros propietarios. La finca estaba muy bien cultivada y tenía numerosísimos frutales pero sobre todo manzanos.

Entre todos aquellos árboles había uno que llamaba la atención por su frondosidad y singularidad: era un madroño. Estaba detrás de la casa y tenía un tronco muy grueso de, tan solo, unos 50 centímetros, luego se abría en dos troncos secundarios, también muy gruesos, que dejaban entre ambos un espacio idóneo para sentarse. A su sombra había una mesa redonda y un banco, ambos de granito pulido.

—Cuando llegaba el buen tiempo ella se sentaba, unas veces en el banco y otras en el tronco del madroño y se ponía a leer o escribir— decía la señora que nos enseñaba el pazo.

De vuelta al CHOE, con la barriga, las chaquetillas y las cestas y capachos llenos de manzanas, estuvimos, lo poco que quedaba de verano, tomando manzanas de postre en la comida y en la cena, menos mal que en la cena Sor Asunción se estiraba un poco y nos daba la manzana asada o en compota.

Volví al Pazo de Hermida de Lestrove en 2001 acompañado de mis alumnos de 2º de ESO con la ilusión de explicarles “in situ” algo de la historia de nuestra ilustre escritora. Me llevé una gran desilusión, pudimos comprobar el lastimoso estado en que se hallaba el pazo, abandonado, casi derruido...

Nos dirigimos a la parte posterior de la casona para ver el sitio donde Rosalía escribía cuando llegaba el buen tiempo y mi chasco fue mayor; no estaban ni la mesa ni el banco de piedra, ni el madroño ni los frutales. Todo había sido convertido en pastizal. Y aquel gigante también sucumbió a la motosierra a pesar de su singularidad y de su historia.

Tengo entendido que el Patronato Rosalía de Castro ha recuperado este pazo porque forma parte importante de la Ruta Rosaliana y lo ha restaurado o lo va a restaurar; no sé que hay de cierto sobre el asunto, pero, de todas formas, el corpulento madroño que dio sombra a Rosalía se ha perdido para siempre, *unha magoa*.

*Mais ó que ben quixo un día,
si a querer ten afición,
sempre lle queda unha mágoa
dentro do seu corazón.*

(Rosalía de Castro)



Madroño semejante al que había en el Pazo de Hermida, el tronco también se bifurca a poca altura en dos gruesas ramas

Foto de José R. Fdez. Novoa

EL EUCALIPTO

En la alameda de Santiago, cerca del monumento marmóreo a Rosalía, está el cuarto árbol colosal, el eucalipto. Este no tuvo presencia en la vida de la poetisa, pero la tiene ahora porque la Rosalía de mármol está sedente a su sombra, meditabunda y melancólica como lo estuviera bajo la higuera, la secuoya o el madroño.

El año 54 fue Año Santo Mariano y Jacobeo. Las monjitas nos llevaron por cursos a Santiago a ganar el Jubileo. A mi curso, ingreso, le tocó ir a mediados de mayo. Íbamos con Sor Luisa pero también venían la Madre Superiora, María Casáis y Maruja.

Pasamos por la Puerta Santa, oímos la Santa Misa y vimos funcionar el Botafumeiro. Luego fuimos a comer al parque infantil de la alameda el consabido bocadillo de tortilla y la preceptiva naranja. Terminado el ágape nos acercamos a una gran pajarera que estaba muy próxima y muy próximo estaba también el monumento a Rosalía, una imagen sedente esculpida en mármol. La gran jaula estaba llena de pajaritos exóticos y comunes, también había perdices, codornices, pintadas y faisanes, así como unos gallitos muy chiquitines.

Estábamos contemplando como se besaban los periquitos y como discutían loros y papagayos cuando alguien se percató de la presencia del eucalipto que crecía en la cabecera de la gran jaula. ¡Andá, cacho árbol! Y el interés de todos nosotros se volvió a ese monumento de la Naturaleza que custodia bajo su sombra el monumento a Rosalía.

Quisimos abrazar su descomunal tronco y fuimos necesarios ocho de nosotros, con el pecho pegado al árbol y los brazos extendidos para rodear su enorme perímetro. Ya en el Colegio hicimos un cálculo sumando nuestras medidas de mano

a mano con los brazos en cruz y llegamos a la conclusión de que el eucalipto tenía un tronco de 11 m. de perímetro, o lo que es lo mismo, un diámetro de 3'5 m.

Lo plantó Fr. Rosendo Salvado, monje tudense que en 1860 regresó de las misiones de Oceanía con semillas de esta especie en su zurrón para plantar como árbol ornamental en jardines públicos y privados, luego se extendió su cultivo como árbol maderero por su rápido crecimiento, pero esto ya es otra historia.

El caso es que este eucalipto, más que centenario, es inmenso; su altura supera los 30 m. y su copa, pese haber sido cercenada en varias ocasiones por los temporales, es vastísima.

Solo hay dos que se le parezcan, uno está en el Pazo de Barrantes (Rivadumia) y el otro está en el Pazo de Rubiáns (Vilagarcía de Arousa).

FOTOGRAFÍAS

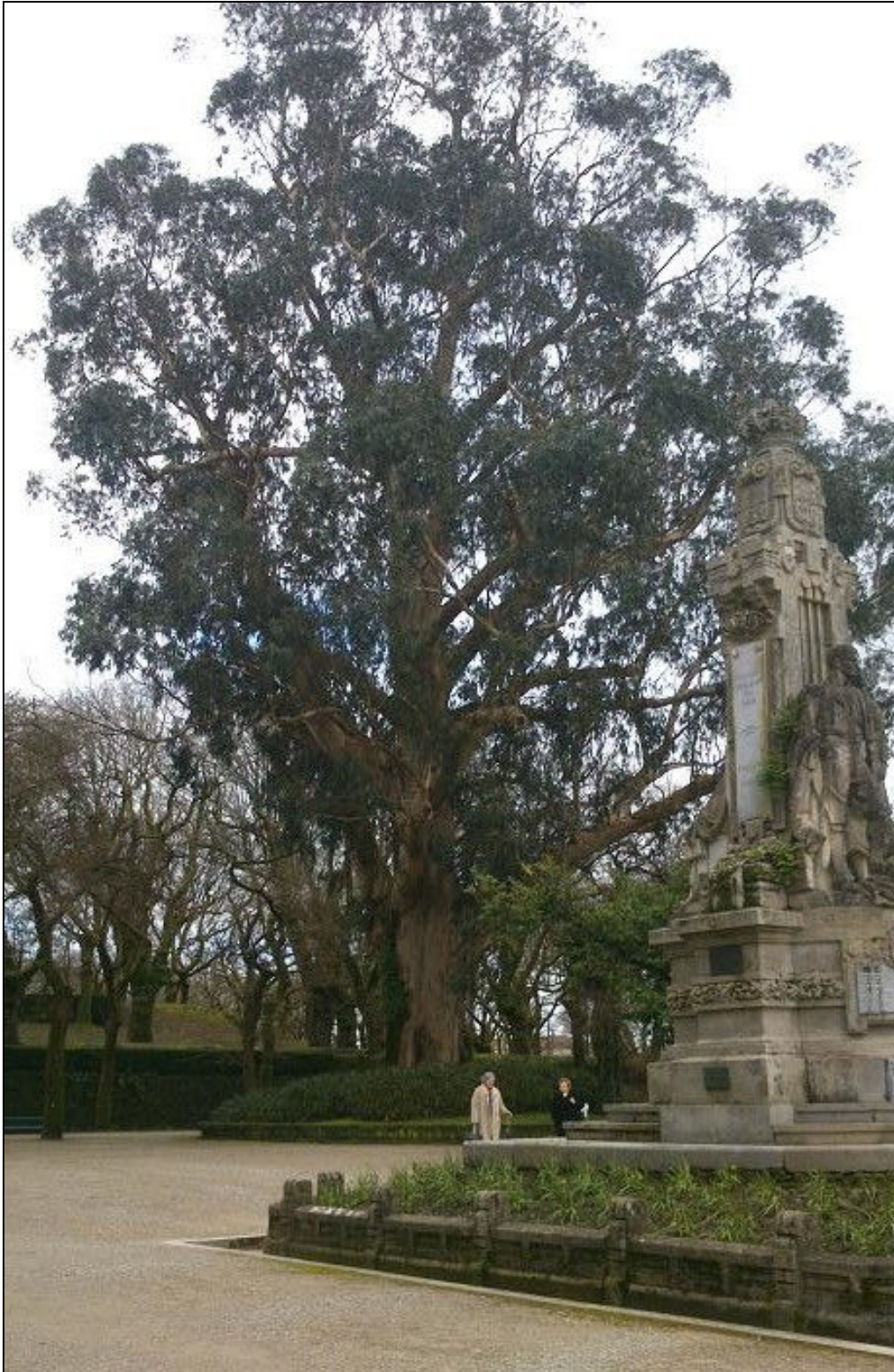


Pazo de Hermida de Lestrove
Por detrás de la foto se ve parte de la copa del madroño

Foto de Luis Miguel Bugallo Sánchez



La casa de Rosalía en la actualidad convertida en museo. A la izquierda se ve parte del frondoso ombú y delante está la higuera sin hojas porque es invierno pero se puede apreciar la estaca que la mantiene erguida



Monumento a Rosalía en la Alameda de Compostela con eucalipto al fondo

Foto: Antonio Muñoz.